

LA VISIÓN QUE CAMBIÓ EL MUNDO DEL DR. LE BENARD

Personajes / La letra de Jean Le Benard

JEAN LE BENARD: El origen del “Síndrome Le Benard”

La indescriptible y anonadantemente escalofriante visión que tuvo el Dr. Le Benard cuando contempló por primera vez la impenetrable escritura pictográfica del hueso de dragón –y tocó, el milenario fósil con la yema de sus dedos- marcó el inicio de lo que sería posteriormente conocido en el ámbito de la ciencia de la psicografía moderna como el “[Síndrome Le Benard](#)”.



Por

HUGO CUCCARESE | LA NACION

Foto // Aubert Labblé



Musée des arts de l'asie de la ville de París, el lugar donde estuvo en exhibición la sagrada reliquia mundialmente conocida como “Hueso de Dragón”. La pieza de arte de 6000 años de antigüedad se encontraba en la Sala 5, destinada al Arte Oriental, en un sitio privilegiado conocido como “**Pabellón del Dragón**”.

He aquí un extracto transcrito de lo que el destacado científico expresó en sus memorias después del encuentro que tuviera con la mencionada escritura del hueso fosilizado:

Cuando contemplé por primera vez la deslumbrante escritura de aquel extraño hueso de dragón, uno de esos antiguos caracteres esculpidos sobre su ósea superficie me llamó especialmente la atención. Pero mi asombro fue aún mayor al comprender que se trataba de uno de los signos más simples en su diseño y composición ideográfica. Posé mis ojos sobre el misterioso pictograma, y observé con total estupor que su imagen ideográfica comenzó a moverse errática e imperceptiblemente. Al principio pensé que se trataba de extravío de mi imaginación, pero de repente la inquietante figura pictográfica comenzó a tomar fuerza y a balancearse suave y sutilmente, como si unas manos protectoras e invisibles lo sumieran en un cálido arrullo: era el pictograma Shet-Chet () que ahora parecía pulsar al ritmo de mi agitado corazón.

Inmediatamente clavé la mirada en el punto de intersección de las dos rectas, que conforman la cruz del carácter cuadrangular y, de pronto, así, inesperadamente, el pictograma comenzó a girar lenta y pesadamente sobre su propio eje como si fuera un pequeño molino de viento, transformando la poderosa letra alucinante en una especie de rueda maravillosa ().

Durante algún tiempo la singular rotación del pictograma fue incrementándose vertiginosamente, y lo fue haciendo hasta que al final, la acción de la fuerza rotatoria, no tardó en convertir la figura de cuatro ángulos en una inconvencional y cegadora rueda de infinitos rayos ().

La compleja constitución de su forma y estructura fue aumentando gradual y paulatinamente hasta abarcar todo el espacio escópico cognoscible, que se abría ante de mis ojos, envueltos en una nube de imágenes pesadillescas. Presa de ese torbellino de rayos lumínicamente fantasmagóricos y, como efecto del incesante movimiento centrífugo del carácter, tuve la certera sensación de caer en un profundo e inevitable sopor. Caí entonces, literalmente, con todo el peso de mi cuerpo sobre un piso de lajas. Y caí sin embargo hacia ningún lado, abrupta e indefinidamente, hacia todas partes al mismo tiempo. Pero de pronto se transformó inciertamente, el abismal descenso, en una especie de lisa y suave suspensión, y al despertar de mi letargo, me encontré nuevamente acostado boca arriba, con los brazos extendidos a los lados y las piernas abiertas dos veces el ancho de mis hombros, como estando amurado a una cruz sufriente de maderos invisibles.

Me descubrí entonces, curiosamente, mirando el cielo de una noche brillante, colmada de infinitas estrellas, las que agónicamente iban desapareciendo, una por una, ante mis ojos embelesados. La ceguera en la que en ese momento se hallaba mi mente, imbuida de angustiante vacío, se hizo cada vez más oscura y más espesa, hasta que tuve la viva sensación de estar completamente desnudo y desamparado, en un estado de relajación absoluta, atrapado física y mentalmente en una diminuta cárcel sin paredes ni barrotes.

Cuando de pronto reuní fuerzas para intentar incorporarme, me doy cuenta de que mi cuerpo no responde las órdenes de mi mente. Cuando quise mover los dedos de las manos y de los pies, ocurrió exactamente lo mismo, fue como si la nada misma se hubiera apoderado de mis miembros superiores e inferiores y no estuvieran allí o fueran parte de

mi osamenta. Entonces traté de buscar otra salida y alcé la cabeza para verme desde más arriba. Pero cuando no vi más que un enorme y desbastador vacío allí -donde supongo debía estar mi cuerpo en perspectiva-, grité con el alma, con todas las fuerzas que había en lo más recóndito de mis entrañas.

Pero decididamente esto no funcionó; todas mis tontas y desesperadas maniobras fueron en vano. El eco de mi voz se ahogó aletargadamente en una envolvente y aterradora neblina, que saturaba el espacio de una indescriptible nada. A pesar de todo yo estaba seguro de estar allí, de tener cuerpo, presencia; pues desde algún lugar de mi ser tenía la viva sensación de estar flotando en un líquido espeso y lechosamente pegajoso, con los miembros abarrotados en algún extraño tipo de sustancia que desconocía. Si bien aún me invadía una indescriptible sensación de inconsistencia corporal, decididamente ya había perdido todos los contornos de mi forma humana. Por un breve instante sentí no ser yo. Sentí ser no-ser. Sentí que yo, de algún extraño modo, “era” toda esa devorante y amarga oscuridad, y de alguna incomprendible forma tenía la certeza de “ser”, de ser consciente de mis actos y, al mismo tiempo, de estar “ahí”, como un arrogante dios de fantasía, cuya inabarcable y omnisciente mirada abarcadora podía habitar en todas partes al mismo tiempo.

Fue entonces que decidí hacer otro esfuerzo y mover nuevamente mis miembros entumecidos, afantasmados. Pero al hacerlo, percibí que los músculos de mi cuerpo se hallaban abarrotadamente inertes, inhabitados, totalmente muertos. Era como si no pudiese apoderarme de ellos de ninguna manera. O simplemente como si no existieran. Como si no pudiera abarcar mi propia humanidad contenida en el alma de una carne y unos huesos que, según mi percepción, faltaban. Al tomar nuevamente consciencia de mi extraño calvario, con la sensación de tener los miembros extendidos en cruz, como una especie de crucifixión flotante o espacial, sentí en la yema de los dedos un repentino y punzante ardor. Un ardor que se volvió súbitamente insoportable. Con asombro descubrí que estaba tocando con la punta de las manos y las plantas de los pies, el límite de una helada superficie. Inmediatamente supe que era el borde de un extraño círculo. Y lo percibí como si fuera algo así como un “círculo sin circunferencia”, como si fuera mi propio pensamiento, y éste, la superficie interior de una enorme y paradigmática esfera de cristal.

Ahora que la recuerdo la pienso como una especie de burbuja mental. Como si fuera una notable esfera de infinita superficie, en la que mi alma lacerada, como enclaustrada en el centro de su espacio curvilíneo, yacía bañada por una lluvia ultramarina de rayos agobiantes, que irradiaba de cada uno de los infinitos puntos que tejían su esfericidad. Era una esfera imposible, impensable. Pero al final puede comprender algo de su extraño misterio. Lo descubrí como si fuera una súbita revelación: había quedado encerrado en el Shet-Chet, el pictograma que los sabios de tiempos remotos utilizaban para representar el paso a la vida eterna.

Cuando abrí los ojos para dentro y alcé la mirada hacia mi propio cielo interior, el último lucero de la noche se fugó del firmamento íntegramente, y el negro velo de la oscuridad se descorrió como un telón mágico, para dar paso a la visión de un nuevo día. Recién ahí, con el primer rayo de sol, con la tenue claridad de mis ojos cruzó por mi mente la posibilidad de que todo aquello no fuera más que un sueño. Sí, un sueño. Un sueño provocado por el mismo sueño de no soñar. ¡Y con razón! El sueño de haber estado preso por un eterno instante del mismo pictograma que representaba “el sueño” y “la prisión”. Era el Shet-Chet. La catacumba de mi ser. El turbio espejo de mi muerte. La

sombra alada y silenciosa de esa antigua letra extinta que, como el negro y malvado buitre de los mitos, devoraba insaciablemente los sesos y las luces de mi quebrada y atormentada razón”.

Hugo Cuccarese

-JEAN LE BENARD EN ESPAÑOL (Facebook)